

M^a J. Mardomingo Sanz

La comunicación en el medio familiar: los nuevos modelos educativos

Sección de Psiquiatría Infantil
Hospital General Gregorio Marañón
Universidad Complutense, Madrid

Family communication: the new educational models

Correspondencia:

M^a J. Mardomingo Sanz
Sección de Psiquiatría Infantil
Hospital G. U. Gregorio Marañón
Doctor Esquerdo, 46
28007 Madrid

Uno de los temas recurrentes en las consultas de psiquiatría, psicología infantil y pediatría es la educación de los hijos y las dudas e incertidumbres que sufren los padres al respecto. El tema de la educación surge relacionado con cuestiones de disciplina y autoridad y también con pautas y modelos de comunicación en el medio familiar.

Los padres con hijos pequeños y sobre todo los padres con hijos adolescentes, que nacieron en la década de los años cuarenta, descubren que viven en un mundo de cambios velocísimos, trepidantes, que no pueden controlar, un mundo donde difícilmente encaja el estilo de vida familiar que compartieron con sus propios padres y el estilo de comunicación que marcó su propia infancia y adolescencia.

Dicho de forma resumida y sin duda incompleta, los padres de finales del siglo XX se quejan de falta de autoridad, de desconcierto ante las pautas educativas y los valores que deben transmitir a los hijos, de falta de tiempo para el diálogo y la comunicación, de ser máquinas de hacer dinero, de tener una relación superficial con la mujer o con el marido, que a veces acaba en distanciamiento absoluto, y de no conocer de verdad a sus hijos, con quienes mantienen en algunos casos una relación más bien propia de una cuenta bancaria. Tienen un cierto sentimiento de frustración y de desencanto.

Pero sin duda ninguna, esta situación comenzó hace mucho tiempo y se ha ido gestando a través de decisiones que se toman día a día, que imprimen un determinado carácter a la vida cotidiana y confieren un estilo específico a la vida de cada familia.

Vivimos en un mundo que sufre una profunda crisis de valores. Las relaciones familiares tienen que afrontar el reto de cambios sociológicos importantes, baste citar dos: la incorporación de la mujer a la actividad profesional y al trabajo fuera de casa, y el abandono de un modelo autoritario en la relación con los hijos, que se ha mostrado insuficiente y ajeno a la nueva sensibilidad de los tiempos.

Junto a esto, hay que destacar, el culto al dinero, la enfermedad de nuestros días; el individualismo feroz, todo el mundo tiene derechos y casi nadie tiene deberes; la fascinación por las apariencias, el tenerle ganada la partida al ser; y por último, la entrega al consumo desmedido, siguiendo fielmente los eslóganes de una publicidad que identifica comprar con ser feliz.

La incorporación de la mujer al trabajo fuera de casa y a la actividad profesional, es uno de los acontecimientos históricos más destacados de nuestro siglo. Para la mujer ha supuesto la emancipación económica e intelectual, y por tanto, lograr la igualdad de hecho, y no

70 sólo de derecho, con el varón, y ha supuesto también tener un mundo propio de relaciones sociales que ya no está supeditado a las relaciones sociales del marido. Pero estos logros se acompañan de algunos inconvenientes: tener una profesión significa en la mayoría de los casos trabajar dos veces, fuera y dentro de casa, cosa que por otra parte han hecho y siguen haciendo las mujeres que viven en medios agrícolas y rurales, trabajan en casa y en el campo y encima no cobran; significa también que cambia el ritmo de vida y queda menos tiempo para la educación de los hijos y para estar con el marido, y en último término, queda menos tiempo para comunicarse y compartir la vida.

El segundo cambio importante se refiere al modelo educativo en la familia, y por tanto, al tipo de relación de los padres con los hijos y viceversa. Este cambio ha sido especialmente patente en nuestro país y ha afectado de pleno a la generación de padres que se encuentran como se decía más arriba en la década de los cuarenta años. La relación con sus propios padres estaba clara: el padre representaba la autoridad, la instancia última en cuestión de criterios y la madre lo apoyaba explícita o implícitamente. El hijo podía no estar de acuerdo, pero sabía a qué atenerse. El reparto de papeles en la familia estaba perfectamente definido y en términos generales, las mujeres, madre e hijas, tenían un papel subsidiario de los varones. Las chicas ya se habían incorporado a la universidad, pero en la mayoría de los casos, seguían estudiando carreras propias de mujeres y era bastante inconcebible que una mujer tuviera una actividad profesional más compleja que el marido y que ganara más.

La caída del modelo autoritario en la familia, que no puede separarse de otra serie de cambios sociales y económicos, en los que ahora no vamos a entrar, se siguió de un nuevo reparto de papeles: el padre que se sentía inseguro, ante un mundo tan cambiante, y comprendía que el tipo de relación que había tenido con su propio padre ya no valía, quiso ser amigo de su hijo, y se convirtió en un colega cuya opinión era tan discutible como la de cualquier compañero de la calle. Quiso que su hijo no pasara las privaciones que él conoció, y se convirtió en un dispensador de dinero y cosas materiales, siempre insuficiente, generando hijos egoístas y explotadores, alienados por la necesidad de tener y lograr cosas sin el menor esfuerzo. La madre, que tradicionalmente se ha ocupado de la educación de los hijos, y de apoyar las opiniones del marido, se sintió

desbordada ante retos educativos nuevos y desconocidos, con discusiones frecuentes y muchas veces precipitadas con el marido, sin lograr aclarar qué tipo de vida familiar deseaban tener y qué tipo de educación querían dar a los hijos.

Algunos de estos padres pensaron que su salvación estaba en el colegio, al colegio le correspondía educar a los niños, para eso pagaban. Y para no dejar de poner ningún medio a su alcance para lograr este objetivo, el horario escolar se complementó con actividades extraescolares: judo, ballet, natación, idiomas, fueron completando un programa de educación, que por fuerza, tenía que ser extraordinario. Y tal vez era extraordinario pero tenía algunas contrapartidas: los hijos no tenían tiempo para jugar, no digamos para leer, y el poco que tenían lo empleaban en ver la televisión; la familia no tenía tiempo para hablar, no digamos para dialogar y las veces que hablaban era para discutir sobre notas, dinero y problemas de disciplina. Dos problemas de disciplina aparecen de forma repetida, el horario a lo largo del día y la hora de volver a casa de los adolescentes. El problema del horario a lo largo del día, consiste no sólo en que a los adolescentes les gusta levantarse tarde, sino en que la familia ya no come junta, porque cada uno tiene su horario y come y cena cuando le conviene; y en que tampoco pasan ratos juntos, pues el rato que se podría estar juntos, se dedica a ver la televisión y como cada uno tiene sus programas favoritos y en la casa hay varias televisiones, cada cual se marcha a su cuarto a disfrutarlo.

La hora de volver a casa es el tema eterno ante el que se acaba por claudicar, salir de 12 a 6 es la moda y todos lo hacen.

Ante este estado de cosas y ante un hecho horrendo acaecido en los últimos años, la aparición de niños y adolescentes asesinos, los padres en particular y la sociedad en general se pregunta dónde estamos y hacia dónde vamos. El modelo autoritario era inhumano pero el modelo permisivo es un desastre.

El carácter pernicioso del autoritarismo a ultranza y de la permisividad sin límites, se pone especialmente de manifiesto en las consultas de psiquiatría. Ambas actitudes educativas suelen dar un resultado común: jóvenes agresivos y frustrados, incapaces de asumir sus responsabilidades y de sentir solidaridad y compasión por los demás.

Muchas veces los padres consultan cuando el problema ya es incontrolable. El hijo ha llegado a la adolescen-

cia, ha fracasado en el colegio, tiene problemas en las relaciones sociales y tiene problemas en las relaciones familiares. El diálogo con los padres, si es que ha existido alguna vez, se ha sustituido por las discusiones, las broncas y la incomunicación. En un porcentaje importante de estos chicos, se da la circunstancia de que están habitualmente solos en casa a la vuelta del colegio, por trabajo de ambos padres, u otras circunstancias, y el padre es una figura ausente que apenas participa en la educación de los hijos. Los padres tampoco dialogan entre sí.

Cuando se estudia el tipo de relación que mantienen los padres con los hijos, y por tanto los modelos educativos y de interacción en la familia, se detectan tres fundamentales, lo cual no quiere decir que deban presentarse en estado puro. Estos modelos son: el autoritario, el permisivo y el que se ejerce con diálogo y autoridad.

En el modelo autoritario, los padres, fundamentalmente el padre, imponen sus ideas, criterios y decisiones rígidamente, sin paliativos y sin tener en cuenta las necesidades del hijo, las características de personalidad, -cada hijo es distinto-, sus deseos, sus dificultades y sus gustos personales. Los padres no dialogan con el hijo, no le escuchan y de alguna forma le humillan. El argumento máximo y único es "yo soy tu padre y tu harás lo que yo te diga". El niño y el adolescente, al no ser tratados de una forma personal y respetuosa, desarrollan una imagen de sí mismos deficiente, no aprenden a sentir respeto por sí mismos ni por los demás, no adquieren autonomía personal, no saben tomar decisiones y muchas veces fracasan en las relaciones sociales y desarrollan comportamientos agresivos.

En el polo opuesto se sitúa el modelo permisivo. Como su nombre indica, en la educación de los hijos todo está permitido. Al hijo hay que darle libertad para que su personalidad se desarrolle y no crearle traumas. El padre y la madre, permisivos e indulgentes, no transmiten al hijo cuáles son las pautas de comportamiento que están bien y que están mal, y por tanto no le comunican al hijo lo que esperan de él de tal forma que el niño no tiene puntos de referencia, para su propia conducta. Los padres no ponen límites a los comportamientos inapropiados y acceden sistemáticamente a todos los deseos del hijo. El niño no adquiere la capacidad de controlarse, no tolera que le contradigan, no tolera la frustración, y reaccionan con agresividad e ira ante el menor contratiempo. Las exigencias a los

padres van aumentando de forma progresiva, se convierte en un pequeño tirano que no tiene en cuenta las normas más elementales de educación ni las necesidades de los demás. No es infrecuente que ante esta situación, los padres reaccionen poniendo castigos desproporcionados en ciertos momentos, que acaban en general por no cumplirse, con el mayor desprestigio y pérdida de autoridad de los padres, si es que les quedaba alguna. Estos padres tienden a justificar sistemáticamente el comportamiento del hijo y la falta de colaboración y disciplina, que siempre atribuyen a factores ajenos al propio hijo, que nunca es responsable de nada y acaba efectivamente con una irresponsabilidad casi absoluta. Es un niño inmaduro, dependiente y poco feliz.

El modelo educativo que se basa en la autoridad de los padres y en el diálogo con el hijo se caracteriza porque los padres explicitan las pautas de comportamiento que se esperan del hijo, ambos padres están de acuerdo y transmiten una imagen de respeto mutuo. Los criterios educativos no se cambian de forma arbitraria y además los padres son coherentes y adaptan su propia conducta a esos mismos criterios. Los niños y los jóvenes captan por ósmosis lo que los adultos de verdad viven y sienten y no toleran la hipocresía y la mentira. Los padres dialogan con el niño, le hacen partícipe de las decisiones que toman, y que a él le afectan de acuerdo con la edad, y respetan sus necesidades y gustos personales, siempre que sea posible. Los padres fomentan los sentimientos de seguridad del hijo, transmitiéndole una imagen personal positiva. El hijo sabe que le quieren por lo que es, y no por las notas que saca. Los padres favorecen que el hijo asuma responsabilidades y adquiera sentido de la independencia, y al mismo tiempo ponen límites al comportamiento del hijo, de forma razonable, con firmeza y sin tolerar los chantajes.

Los hijos que viven en un ambiente educativo de estas características tienen en general una buena adaptación familiar y social, se mueven más por motivaciones internas que por premios externos, tienden a asumir las responsabilidades que les corresponden, adquieren sentido de la disciplina y del esfuerzo, respetan a los padres y se identifican con sus deseos, son tolerantes, seguros e independientes, y acaban superando las frustraciones.

Los adultos de finales de siglo tienen que decidir qué mundo y qué sistema de valores desean para sus hijos, y esta decisión no siempre es fácil. Muchos de ellos han pasado de forma vertiginosa de la sociedad agrícola y de

72 subsistencia de su propia infancia, a una sociedad de consumo desmedido, de un modelo autoritario en la comunicación familiar a un modelo permisivo en que ningún papel está definido.

En un mundo en que se ha generalizado el lenguaje vulgar y los modales ordinarios, y el valor personal se

mide en dinero y apariencia, los padres y los adultos en general aún tienen la oportunidad de transmitir a los niños y a los jóvenes el gusto por la educación, entendida como cultivo de la inteligencia, sensibilidad hacia los demás, respeto por uno mismo y pasión por la verdad y la belleza.

BIBLIOGRAFÍA

- 1 Mardomingo MJ. *Psiquiatría del niño y el adolescente. Método, fundamentos y síndromes*. Madrid: Díaz de Santos, 1994.